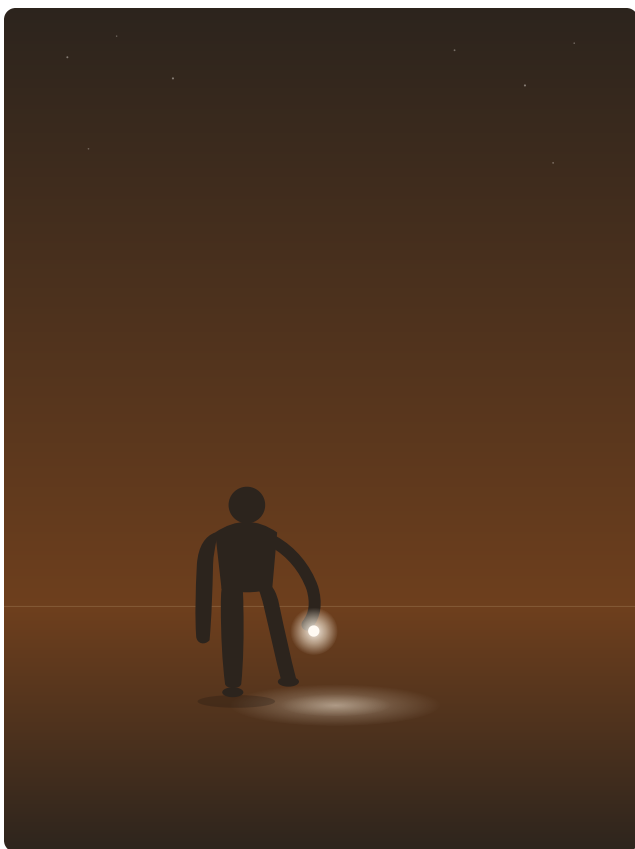




LIBRO SEMANAL #4

# La luz que no terminé de apagar

*Historias y palabras sobre la esperanza que no  
promete un final feliz*

*Escrito por José Martínez · Potenciado con IA*



*Para quien hoy no tiene fuerzas para creer que  
todo va a salir bien,  
y solo necesita una razón pequeña para seguir  
hasta mañana.*

«La luz que no terminé de apagar»

Libro semanal #4 de Godlives

Historias y palabras sobre la esperanza que no promete un final feliz.

Escrito por José Martínez · Potenciado con IA.

Edición para lectura digital (EPUB / celular) e impresión bajo  
demanda.

Todos los derechos reservados.

# Contenido

## 1. Prólogo

---

## 2. Carta al lector

---

## 3. La esperanza nace adentro del lamento

---

## 4. La esperanza que no espera una explicación

---

## 5. La esperanza que no depende de la cosecha

---

## 6. La esperanza que vela sin saber cuándo amanece

---

## 7. La esperanza es lo que todavía no se ve

---

## 8. Un paso: la frase que no necesita sonar segura

---

## 9. Palabra de cierre

---

## 10. Oración de la semana

---

## 11. Antes de cerrar el libro

---

## 12. Bibliografía y fuentes

## Prólogo

La semana pasada hablamos del perdón: de ese peso que cargamos por dentro y que, tarde o temprano, alguno de nosotros tiene que decidir qué hacer con él. Si llegaste hasta el final de ese libro, quizás nombraste algo que llevabas cargando hace tiempo. Espero que te haya servido, aunque sea un poco.

Esta semana quiero hablarte de algo distinto, aunque parecido: la esperanza. Y quiero empezar, como la vez pasada, diciéndote lo que este libro **no** va a hacer. No te va a decir que todo va a salir bien. No te va a prometer un final feliz, ni una fecha en la que se te va a resolver lo que hoy te tiene despierto de madrugada. No te va a decir que si tuvieras más fe, dejarías de sentirte así. Nada de eso es honesto, y en esta casa tratamos de ser honestos, incluso cuando duele.

Lo que sí voy a hacer es contarte cinco historias antiguas — de gente que se lamentó, que reclamó, que esperó durante décadas sin ninguna señal, que gimió sin encontrar respuesta — junto con cinco historias de hoy, de personas reales que sostuvieron algo parecido a la esperanza sin que nadie les

garantizara cómo iba a terminar su historia. Te lo digo desde ya, para que no te lleves una sorpresa a mitad de camino: cuatro de estas cinco historias no tienen un final luminoso. Eso no es un descuido mío. Es, precisamente, lo que quiero que veas: que la esperanza puede sostenerse incluso cuando las cosas no se arreglan.

Dios, el Eterno, el Creador —como prefieras llamarlo— no te está pidiendo que sientas ánimo ahora mismo para que tu fe cuente. Yo tampoco. Solo quiero acompañarte a mirar de frente algo que, probablemente, hoy pesa: la pregunta de si vale la pena seguir esperando.

*Con todo mi aprecio,*



**José Martínez**

## Carta al lector

Antes de empezar, quiero ser muy claro contigo sobre una distinción que va a sostener todo este libro, porque la palabra “esperanza” se ha gastado tanto que casi perdió su significado real.

La esperanza no es lo mismo que el optimismo. El optimismo dice “todo va a salir bien” —una predicción sobre el resultado, dicha muchas veces sin ninguna base real, que además te exige sentir ánimo ahora mismo para que cuente. La esperanza dice algo distinto: “esto puede salir mal, y aun así hay algo por lo que vale la pena seguir hoy”. No es una predicción. Es una decisión de seguir actuando incluso sin garantía de un final feliz.

Hay una historia que me ayuda a explicar esto. El almirante James Stockdale pasó casi ocho años como prisionero de guerra en Vietnam. Contó después que quienes peor lo pasaron por dentro, durante el cautiverio, no fueron los más pesimistas, sino los que se repetían “para Navidad estaremos libres” —y cuando la fecha pasaba sin cumplirse, se ponían otra fecha, y otra, hasta que el corazón ya no aguantaba más desilusión. Los que sostuvieron mejor la travesía fueron los que aceptaron con toda honestidad que no sabían cuándo ni cómo iba a terminar aquello, y que podía ser muy duro, y que aun así, de alguna forma, iban a prevalecer al final. Nunca confundas la fe de que vas a salir adelante con la ilusión de que va a ser pronto o fácil: son cosas distintas, y solo la primera resiste el tiempo largo.

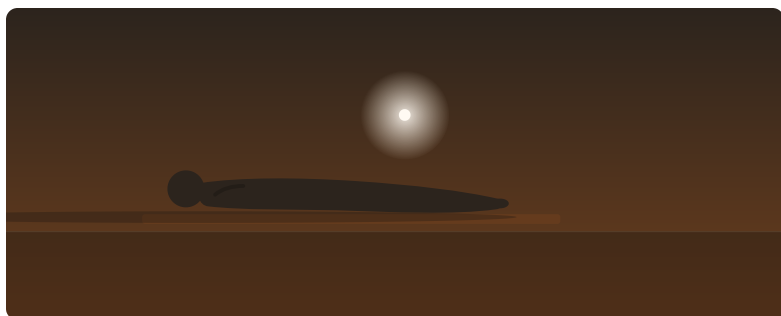
Eso es, casi palabra por palabra, lo que vas a encontrar en las cinco historias antiguas de este libro: un poeta que se deprime en el mismo verso donde encuentra esperanza; un hombre que pierde todo y grita “¡Violencia!” sin que nadie le responda, y aun así declara que su defensor vive; un profeta que sabe con certeza que viene la ruina y, de todos modos, decide alegrarse; un salmista que espera en la madrugada como espera un centinela, sin que el texto le prometa cuándo va a amanecer; y una carta que define la esperanza, literalmente, como lo que todavía no se ve.

No te voy a prometer un resultado. No te voy a decir “ten esperanza y las cosas van a mejorar”, porque no lo sé, y decírtelo sería una forma de presión disfrazada de consuelo. Vas a leer historias de hoy que se te van a quedar clavadas, y quiero que sepas, antes de empezar, que la mayoría no tienen un cierre feliz. Es a propósito. Este libro no está aquí para venderte esperanza como si fuera una moneda que se cambia por resultados garantizados.

#### ANTES DE EMPEZAR

*Este libro habla de esperanza, y para hacerlo con honestidad, también habla del dolor, del cansancio y de los momentos en que sentimos que no hay salida. Si en algún punto de esta lectura reconoces en ti mismo, o en alguien que quieres, una tristeza que no se mueve, un cansancio que no descansa, o pensamientos de no querer seguir — este libro no es suficiente, y no tiene por qué serlo. Buscar ayuda profesional (un psicólogo, un médico, los servicios de emergencia de tu país o una línea de prevención del suicidio local) no es una falta de fe. Es un acto de valentía, y es exactamente el tipo de cuidado que este libro quiere para ti.*

*Vamos, entonces. Con calma.*



## CAPÍTULO 1

# La esperanza nace adentro del lamento

¿Alguna vez sentiste que tu cuerpo, o tu situación, se había vuelto una especie de cárcel para todo lo que todavía tenías por decir? No hablo de un mal día. Hablo de algo que te encierra de verdad, donde lo único que te queda —una idea, un recuerdo, un párpado— parece ridículamente poco frente a todo lo que perdiste. Si alguna vez sentiste que solo te quedaba una rendija diminuta para seguir siendo tú, esta historia es para ti.

El 8 de diciembre de 1995, Jean-Dominique Bauby, redactor jefe de la revista *Elle* en París, sufrió un accidente cerebrovascular masivo en el tronco encefálico. Tenía 43 años. Despertó del coma veinte días después con lo que se

llama síndrome de enclaustramiento: su mente estaba intacta, pero su cuerpo entero quedó paralizado. Lo único que podía mover era el párpado izquierdo.

Con ese párpado dictó un libro. Una editora, Claude Mendibil, le recitaba en voz alta el alfabeto francés ordenado por frecuencia de uso, y él parpadeaba cuando llegaba a la letra que quería. Letra por letra, durante cerca de dos meses de sesiones, se compuso un manuscrito de unas ciento treinta páginas. Lo tituló *La escafandra y la mariposa*: su cuerpo era la escafandra pesada que lo hundía; su memoria y su imaginación, la mariposa que seguía volando adentro. El libro se publicó en Francia el 7 de marzo de 1997. Bauby murió el 9 de marzo, dos días después de ver su obra terminada.

Bauby no se curó. No hubo una recuperación milagrosa que le devolviera el cuerpo. Lo que hizo, en el tiempo que le quedó, fue negarse a que la parálisis le quitara la voz por completo, y alcanzó a terminar lo que tenía que decir cuarenta y ocho horas antes de morir.

Hay un poema antiguo, escrito también desde un lugar de ruina, que se parece a esto más de lo que parece a simple vista. Se llama Lamentaciones, y lo escribió alguien que acababa de ver caer Jerusalén. En su capítulo tercero, el que sufre dice primero: “*digo: «La vida se me acaba, junto con mi esperanza en el SEÑOR»*” (v.18) —el punto más bajo, sin adornos. Y unos versos después:

*“Recuerda que ando errante y afligido, que estoy saturado de hiel y amargura. Siempre tengo esto presente, y por eso me deprimó. Pero algo más me viene a la memoria, lo cual me llena de esperanza: El gran amor del SEÑOR nunca se acaba, y su compasión jamás se agota. Cada mañana se renuevan sus bondades; ¡muy grande es su fidelidad! Por tanto, digo: «El SEÑOR es todo lo que tengo. ¡En él esperaré!» Bueno es el SEÑOR con quienes en él confían, con todos los que lo buscan. Bueno es esperar calladamente que el SEÑOR venga a salvarnos.” (Lamentaciones 3:19-26, NVI)*

Fíjate en algo que casi nunca se cuenta cuando se cita este pasaje suelto, como si fuera una frase de calendario: el propio texto dice, sin esconderlo, que el hablante “se deprime” (v.20) —es lenguaje directo de abatimiento, no una metáfora suave—. Y el poema, después de este paréntesis de esperanza, sigue con más llanto: “*se inundarán en llanto mis ojos, sin cesar y sin consuelo*” (v.49), varios versos más adelante. La esperanza de los versículos 21 al 26 no cierra el duelo. El duelo sigue después, entero. Y unos versos más adelante todavía, el mismo poema aclara algo que me parece importante: “*El Señor nos hiere y nos aflige, pero no porque sea de su agrado*” (v.33) —ni siquiera el poeta cree que a Dios le guste ver sufrir a su pueblo.

Eso es, exactamente, lo que hizo Bauby con su párpado: no dejó de estar encerrado, no dejó de perder todo lo que había perdido, y aun así algo más le vino a la memoria —una historia que contar— y decidió esperar lo suficiente para contarla. La esperanza no llegó después del lamento, como un premio por haber terminado de llorar. Llegó adentro, en el mismo verso, en la misma parálisis, sin desalojar el dolor de su lugar.

Si hoy sientes que lo único que te queda es una rendija diminuta —un párpado, una frase, un mensaje que todavía puedes escribir—, quiero que sepas que no hace falta que esa rendija sea grande para que cuente como esperanza real.

*La esperanza no llega después del lamento: cabe adentro de él.*

## LA PALABRA

### *Lamentaciones 3:19-26 (NVI)*

---

#### PARA PENSAR

- ¿Cuál es, hoy, tu versión de ese párpado: lo único pequeño que todavía puedes mover, decir o sostener?
  - ¿Alguna vez sentiste que tenías que dejar de estar triste para “merecer” tener esperanza? ¿Qué te dice este poema sobre eso?
-



## CAPÍTULO 2

# La esperanza que no espera una explicación

¿Alguna vez gritaste pidiendo ayuda con todo lo que tenías, y lo único que recibiste de vuelta fue silencio?

No hablo de que nadie te escuchara con atención.

Hablo de gritar de verdad, con el cuerpo entero, y que el mundo siguiera exactamente igual después. Si alguna vez sentiste esa clase específica de soledad, quiero que sepas, antes de empezar, que este es el capítulo más difícil de todo el libro.

El 1 de febrero de 2021 hubo un golpe militar en Myanmar. Sor Ann Rose Nu Tawng, de la congregación de las Hermanas de San Francisco Javier, trabajaba desde 2010 en una clínica de la diócesis de Myitkyina, al norte del país. Cuando estallaron las protestas, el 8 de marzo de 2021 se arrodilló en el polvo, frente a un cordón de policías

fuertemente armados que perseguía a un grupo de jóvenes manifestantes. Abrió los brazos y les pidió que no dispararan contra ellos. Sus palabras quedaron registradas por la agencia AFP: *“Me arrodillé... rogándoles que no dispararan ni torturaran a los niños, sino que me dispararan y me mataran a mí”*. Dos policías se arrodillaron con ella y tocaron el suelo con la frente. La fotografía dio la vuelta al mundo.

SI ESTE CAPÍTULO SE PARECE DEMASIADO A LO QUE ESTÁS VIVIENDO

*Lo que estás leyendo aquí puede describir algo más grande que un mal momento. Si llevas semanas sintiendo que no hay salida, si has pensado en hacerte daño o en desaparecer, por favor no sigas solo con esto. Habla con alguien de confianza hoy mismo, y busca ayuda profesional: un psicólogo, un médico, los servicios de emergencia de tu país o una línea de prevención del suicidio local. Pedir esa ayuda no te hace menos creyente ni menos fuerte. Es, de hecho, una de las formas más valientes de sostener la esperanza: la de creer que tu vida vale lo suficiente como para pedir refuerzos.*

A los pocos minutos, abrieron fuego igual. Al menos dos manifestantes murieron ese día en Myitkyina. Sor Ann Rose intentó llevar heridos a su clínica; el gas lacrimógeno la dejó

momentáneamente ciega. Después describió la escena: *“El piso de nuestra clínica se convirtió en un mar de sangre”*. Su gesto no detuvo nada. Ella siguió atendiendo enfermos igual, incluso durante la ola de covid-19 de ese año. El régimen sigue en el poder y el conflicto en Kachin continúa hasta hoy.

Hay un hombre, muchos siglos antes, al que también le dispararon igual después de gritar. Se llamaba Job. Perdió su patrimonio, a sus hijos y su salud sin haber hecho nada para merecerlo —así lo dice el propio libro desde el primer capítulo—. Sus tres amigos se sentaron con él en el suelo, en silencio, siete días y siete noches, porque vieron que su dolor era demasiado grande para las palabras (Job 2:13). Eso lo hicieron bien. Lo que hicieron mal fue abrir la boca después: capítulo tras capítulo insistieron en que, si Job sufría tanto, “algo habría hecho”. Job les respondió sin suavizar nada: *“sepan que es Dios quien me ha hecho daño”* (19:6) y *“aunque grito: ¡Violencia!, no hallo respuesta”* (19:7). Es una acusación abierta, no una resignación piadosa.

Y en medio de esa misma protesta, sin que nada se haya resuelto todavía, Job dice esto:

*“»¡Ah, si fueran grabadas mis palabras, si quedaran escritas en un libro! ¡Si para siempre quedaran sobre la roca, grabadas con cincel en una placa de plomo! Yo sé que mi redentor vive, y que al final triunfará sobre la muerte. Y, cuando mi piel haya sido destruida, todavía veré a Dios con mis propios ojos. Yo mismo espero verlo; espero ser yo quien lo vea, y no otro. ¡Este anhelo me consume las entrañas!” (Job 19:23-27, NVI)*

La palabra hebrea detrás de “redentor” es *go'el*: el pariente que, en el derecho antiguo, defendía a quien no podía defenderse solo. Job no tiene ninguna prueba de que ese defensor vaya a aparecer. Sus amigos lo acusan, su familia lo repudia, y aun así lo declara. Más adelante en el libro, Dios no le explica a Job por qué sufrió —nunca le dice “fue por esto o aquello”—, pero sí corrige a los amigos por no haber hablado de él con la verdad (42:7). Job, que gritó y acusó y exigió respuestas, tenía más razón que quienes le ofrecían explicaciones bonitas.

Ni Job ni Sor Ann Rose recibieron una explicación de por qué el dolor llegó, ni una garantía de que su grito iba a cambiar algo. Los dos gritaron igual. Eso también es

esperanza: la que se sostiene sin la explicación del sufrimiento, no la que llega después de conseguirla.

*Puedo gritar sin respuesta y aun así seguir esperando.*

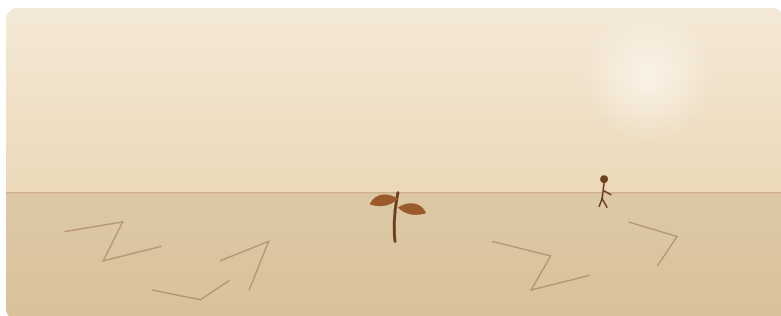
#### LA PALABRA

*Job 19:23-27 (NVI)*

---

#### PARA PENSAR

- ¿Alguna vez sentiste que gritaste pidiendo ayuda y el mundo siguió igual? ¿Qué necesitabas escuchar, en lugar de una explicación?
  - ¿Te ha pasado que alguien intentó explicarte tu propio dolor con una teoría, en vez de simplemente sentarse contigo? ¿Qué prefieres tú cuando alguien más sufre?
-



### CAPÍTULO 3

## La esperanza que no depende de la cosecha

¿Alguna vez seguiste haciendo algo, día tras día, durante años, sin ninguna señal de que valiera la pena? No un proyecto de un mes con resultado visible. Algo que se estira tanto en el tiempo que casi se te olvida por qué empezaste, y nadie a tu alrededor apostaría a que va a servir de algo. Si conoces esa clase de constancia sin evidencia, esta historia es para ti.

En 1979, siendo muy joven, Jadav Payeng —de la etnia mising, en Assam, India— vio cientos de serpientes muertas por el calor, arrastradas por una inundación hasta un banco de arena sin un solo árbol donde guarecerse. La imagen lo marcó. Ese mismo año lo contrataron como jornalero para un proyecto gubernamental de reforestación de doscientas hectáreas, a orillas del río Brahmaputra. El proyecto,

planeado a cinco años, se abandonó hacia 1983: sin presupuesto, sin apoyo, sin ningún departamento del Estado detrás. Todos los demás trabajadores se fueron a buscar otro sustento.

Payeng se quedó.

Durante casi treinta años, sin sueldo, sin subsidio, sin que casi nadie lo supiera, siguió plantando árboles y bambú, cargando agua a mano en la época seca. No tenía ninguna garantía de que aquello sirviera para algo. El proyecto que le había dado trabajo ya no existía; nadie le pidió que continuara. Un periodista llamado Jitu Kalita lo encontró alrededor de 2007, casi tres décadas después de que empezara. Hoy el llamado bosque de Molai cubre unas 550 hectáreas y es hogar de elefantes, rinocerontes, tigres y aves. En 2015 el gobierno de India le entregó el Padma Shri, uno de sus honores civiles más altos.

Quiero ser honesto contigo con algo que se suele contar mal: la versión que más circula dice que un adolescente plantó un bosque entero, él solo, desde la nada. No es exacto. Payeng empezó como trabajador pagado de un proyecto estatal. Lo extraordinario no es que empezara de la nada: es que **siguió cuando el proyecto se canceló y todos se fueron**, durante treinta años, sin que nadie se lo pidiera ni se lo pagara. Me parece que esa versión, la real, es mejor que la que circula.

Y también quiero decirte algo más, porque este libro no está aquí para venderte una fórmula: la mayoría de las veces, seguir haciendo algo durante treinta años sin ver resultados no termina en un bosque de quinientas cincuenta hectáreas ni en un premio nacional. Termina, simplemente, en treinta años de haber seguido. Eso también hay que poder decirlo sin decepción, porque es la verdad de casi todos los que persisten así: la mayoría no sale en el periódico.

Hay un profeta antiguo que conocía bien esta clase de constancia sin cosecha garantizada. Habacuc vivió los años previos a la invasión de Babilonia sobre su tierra. Sabía lo que venía: *“yo espero con paciencia el día en que la calamidad vendrá sobre la nación que nos invade”* (3:16), dice, y su cuerpo tiembla al saberlo. No está esperando que la ruina no ocurra. Sabe que va a ocurrir. Y aun con esa certeza declara:

*“Aunque la higuera no florezca, ni haya frutos en las vides; aunque falle la cosecha del olivo, y los campos no produzcan alimentos; aunque en el aprisco no haya ovejas, ni ganado alguno en los establos; aun así, yo me regocijaré en el SEÑOR, imo alegraré en Dios, mi libertador! El SEÑOR omnipotente es mi fuerza; da a mis pies la ligereza de una gacela y me hace caminar por las alturas.” (Habacuc 3:17-19, NVI)*

Fíjate que el texto no promete que la higuera va a florecer. Imagina, a propósito, el peor escenario posible —ruina agrícola total, la economía entera de una familia perdida— y sostiene la alegría *dentro* de ese escenario, no como apuesta a que no va a ocurrir. Eso fue, durante casi treinta años, lo que hizo Payeng sin saberlo: seguir plantando sin ninguna promesa de que el proyecto cancelado fuera a convertirse en algo. Que a él, esta vez, le haya crecido un bosque no es la regla. Es la excepción que no invalida a quienes, haciendo lo mismo, nunca lo ven florecer.

*Puedo seguir plantando aunque nadie me prometa la cosecha.*

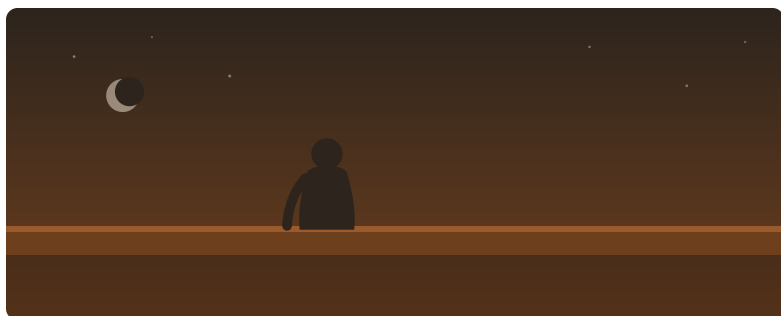
## LA PALABRA

### *Habacuc 3:17-19 (NVI)*

---

#### PARA PENSAR

- ¿Hay algo que sigues haciendo hoy sin ninguna prueba de que vaya a servir? ¿Qué te sostiene para continuar de todos modos?
  - ¿Alguna vez dejaste algo porque no veías resultados rápido? ¿Qué diferencia habría hecho medir el tiempo distinto?
-



#### CAPÍTULO 4

## La esperanza que vela sin saber cuándo amanece

¿Alguna vez esperaste algo —o a alguien— durante tanto tiempo que perdiste la cuenta de los años, sin que nadie pudiera decirte cuándo, ni siquiera si, iba a llegar? No hablo de una espera de unas semanas.

Hablo de la clase de espera que se convierte en una forma de vida entera. Si conoces esa clase de vigilia, quiero contarte esta historia con todo el respeto que merece.

En noviembre de 1977, en plena dictadura militar en Argentina, secuestraron a Laura Estela Carlotto, hija de una maestra de escuela en La Plata llamada Estela Barnes de Carlotto. Laura tenía poco más de veinte años y estaba embarazada de dos meses y medio. Dio a luz en cautiverio a un varón al que alcanzó a tener en brazos unos días y al que

llamó Guido, por su abuelo. Después le quitaron al bebé. El 25 de agosto de 1978 le entregaron a la familia el cadáver de Laura.

Estela se sumó a las Abuelas de Plaza de Mayo en abril de 1978 y preside la organización desde 1989. Buscó a su nieto durante treinta y seis años. El 5 de agosto de 2014, el Banco Nacional de Datos Genéticos confirmó la identidad: el joven, criado como Ignacio Hurban por una familia de campo en Olavarría, se había presentado voluntariamente a hacerse el análisis de ADN. Fue el nieto número 114 restituido por Abuelas. Él decidió conservar su nombre de crianza y firmar Ignacio Montoya Carlotto. Estela dijo entonces, en público: “Me dolió que mi nieto no se pusiera Guido, pero lo respeté”.

Quiero que notes algo antes de seguir: encontrar a su nieto no le devolvió a su hija. Laura sigue muerta. La búsqueda tampoco terminó con Ignacio: en julio de 2025, Abuelas anunció la restitución del nieto número 140, y más de doscientos cincuenta siguen sin aparecer. Estela tiene hoy 95 años y sigue presidiendo la organización, todavía buscando a los que faltan.

Hay un salmo antiguo, cantado por peregrinos que subían a Jerusalén, que describe esta misma clase de espera. Empieza así: *“Desde lo profundo, oh Señor, a ti clamo”* (v.1) —no es un clamor sereno, es un grito desde el fondo—. Y en su centro repite, dos veces, la misma imagen:

*“Espero al SEÑOR, lo espero con toda el alma; en su palabra he puesto mi esperanza. Espero al Señor con toda el alma, más que los centinelas la mañana. Como esperan los centinelas la mañana, así tú, Israel, espera al SEÑOR. Porque en él hay amor inagotable; en él hay plena redención.” (Salmos 130:5-7, NVI)*

El centinela no cuenta las horas de la noche porque dude de que va a amanecer. Las cuenta porque el turno es largo y oscuro, y su trabajo es seguir despierto, atento, sin dormirse, mientras dura. El salmo no cuenta el momento en que

amanece: termina en la postura de espera, no en la llegada de la mañana. Esperar, en este salmo, no es quedarse quieto: es una vigilia activa, con los ojos abiertos.

Eso hizo Estela durante treinta y seis años: no se sentó a esperar que alguien tocara a su puerta. Salió a buscar, organizó, insistió, creó una institución entera para no dejar de mirar. Y cuando por fin llegó algo —no todo lo que había soñado, sino una parte, con la forma que su nieto eligió y no la que ella hubiera preferido— lo recibió igual, sin que eso le devolviera a su hija ni borrara los treinta y seis años de no saber. La esperanza que vela no le garantiza a nadie que algo va a llegar. A Estela, esta vez, le llegó una parte. A los más de doscientos cincuenta que Abuelas todavía busca, por ahora, no les ha llegado nada.

*Puedo velar sin saber cuándo, ni cómo, va a amanecer.*

LA PALABRA

*Salmos 130:5-7 (NVI)*

---

### **PARA PENSAR**

- ¿Qué has estado esperando durante tanto tiempo que ya perdiste la cuenta de los años? ¿Cómo ha sido tu forma de velar mientras tanto?
  - Si lo que esperas llegara, pero no en la forma exacta que imaginaste, ¿podrías recibirlo igual, como hizo Estela?
-



## CAPÍTULO 5

# La esperanza es lo que todavía no se ve

¿Alguna vez invertiste algo tuyo —tiempo, cuidado, una parte de tu corazón— en un futuro que sabes que probablemente no vas a ver terminado? No hablo de plantar algo para cosecharlo mañana. Hablo de sembrar sabiendo, con toda certeza, que quizás nunca vas a ver el fruto con tus propios ojos. Si alguna vez hiciste eso, esta última historia es, quizás, la que más de cerca te toca.

El 16 de enero de 2009, dos días antes de que terminara una ofensiva militar de veintidós días sobre Gaza, dos proyectiles impactaron la casa del doctor Izzeldin Abuelaish, ginecólogo palestino y el primer médico palestino en trabajar de planta en un hospital israelí. Murieron tres de sus hijas —Bessan, de 21 años; Mayar, de 15; Aya, de 13— y su sobrina Noor, de 17.

Otra hija, Shatha, quedó gravemente herida y perdió un ojo. Minutos después, Abuelaish estaba al teléfono, en vivo, con un periodista israelí; sus gritos pidiendo ayuda se transmitieron esa misma noche por televisión en todo Israel. Su esposa Nadia había muerto de leucemia apenas cuatro meses antes.

Ese mismo mes, en enero de 2009, fundó la Daughters for Life Foundation, que hoy da becas de educación superior a jóvenes de Medio Oriente y el norte de África. En 2010 publicó un libro, *No voy a odiar*. Durante trece años litigó pidiendo una disculpa y una compensación por lo ocurrido. El 24 de noviembre de 2021, la Corte Suprema de Israel rechazó definitivamente su apelación, amparando al Estado bajo la doctrina de “acto de guerra”. Los jueces escribieron que “nuestros corazones están con el apelante”, pero que no había remedio posible dentro de ese proceso. Abuelaish dijo entonces que sus hijas habían sido “asesinadas por segunda vez”. Hoy vive en Toronto y enseña en la Universidad de Toronto.

No hubo justicia visible para Abuelaish. Lo que sostuvo, en cambio, fue una fundación que da becas a muchachas que él probablemente nunca conocerá del todo, cuyo futuro no va a ver completo. Convirtió el duelo en algo que sigue creciendo después de su propio dolor, sin que eso le devolviera nada de lo que perdió.

Hay una carta antigua que define la esperanza con más precisión que cualquier otro texto de este libro. Fue escrita por Pablo a una comunidad en Roma, y describe algo que no se limita a una persona: *“toda la creación... gime a una, como si tuviera dolores de parto”* (v.22), dice, sometida a una frustración que no eligió. Y entre ese gemido, llega la definición:

*“De hecho, considero que en nada se comparan los sufrimientos actuales con la gloria que habrá de revelarse en nosotros. La creación aguarda con ansiedad la revelación de los hijos de Dios, porque fue sometida a la frustración. Esto no sucedió por su propia voluntad, sino por la del que así lo dispuso. Pero queda la firme esperanza de que la creación misma ha de ser liberada de la corrupción que la esclaviza, para así alcanzar la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Sabemos que toda la creación todavía gime a una, como si tuviera dolores de parto. Y no solo ella, sino también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, gemimos interiormente, mientras aguardamos nuestra adopción como hijos, es decir, la redención de nuestro cuerpo. Porque en esa esperanza fuimos salvados. Pero la esperanza que se ve ya no es esperanza. ¿Quién espera lo que ya*

*tiene? Pero, si esperamos lo que todavía no tenemos, en la espera mostramos nuestra constancia.” (Romanos 8:18-25, NVI)*

“La esperanza que se ve ya no es esperanza.” Por definición, entonces, la esperanza real habla siempre de lo que todavía no llegó. El propio texto no minimiza el sufrimiento actual comparándolo con una gloria futura para que deje de importar hoy: pone las dos cosas en la misma balanza de una espera real, sin resolverla. Y añade algo que se parece mucho a lo que hizo Abuelaish: ni siquiera sabemos bien qué pedir; el gemido, sin palabras, también forma parte de la esperanza, no está fuera de ella.

Abuelaish no vio la justicia que pidió. Sembró, en cambio, algo que crece hacia un futuro que él mismo puede no llegar a ver completo. Eso es, quizás, la esperanza en su forma más pura: sostener la constancia de algo que todavía no se ve, y quizás nunca veamos del todo, sin que eso reste valor a haberlo sembrado.

*Puedo sembrar un futuro que quizás no llegue a ver.*

#### LA PALABRA

*Romanos 8:18-25 (NVI)*

---

### **PARA PENSAR**

- ¿Hay algo que estás construyendo hoy —una relación, un hábito, una causa— sabiendo que probablemente no verás su fruto completo?
  - ¿Qué diferencia hay, para ti, entre gemir sin palabras y darte por vencido? ¿Alguna vez confundiste esas dos cosas?
-

# Un paso: la frase que no necesita sonar segura

Ven, siéntate un momento conmigo antes de cerrar el libro. No te voy a pedir que tengas esperanza para todo lo que te falta. Te voy a dejar, en cambio, una sola frase pequeña, y unas líneas para pensarla.

**Hoy, aunque sea el peor día, di en voz baja —o escríbelo donde sea, en el celular, en un papel— una frase que empiece así: “Todavía espero...”**. No tiene que ser grande. No tiene que sonar segura. No tiene que ser sobre lo mismo que llevas pidiendo hace años. Puede ser tan pequeña como “todavía espero poder levantarme mañana” o “todavía espero que esta tristeza no sea para siempre”. No hace falta creerla del todo para decirla.

**Primero: es una acción, no un sentimiento.** Nombrar la esperanza, aunque sea diminuta, es distinto de no sentir nada. Se parece a lo que hizo Payeng, plantando sin saber si algo iba a crecer: la esperanza, cuando el panorama completo pesa demasiado, se practica en unidades pequeñas, no en promesas grandes.

**Segundo: es honesta, no mágica.** Decir la frase no garantiza que lo que esperas llegue, ni cuándo, ni cómo. Ninguna de las cinco historias de este libro te lo prometió tampoco. Garantiza solo una cosa, más modesta y más real: que hoy no terminaste de apagar del todo la luz que aún cargas.

Y SI AL INTENTARLO NO APARECE NADA

***Y si al intentarlo no aparece nada —ni siquiera una esperanza pequeña—*** eso también merece ser dicho en voz alta, a alguien de confianza o a un profesional. No poder nombrar ninguna esperanza hoy no es un fracaso tuyo, ni una falla de fe. Es una señal de que hace falta compañía real, y pedirla es parte de este mismo paso. Si hoy no tienes esperanza para todo, no la necesitas para todo. Solo necesitas la suficiente para el paso de hoy. Y si ni eso encuentras, no estás fallando: es momento de dejar que alguien más —un amigo, un profesional, el Eterno mismo a través de ellos— cargue contigo lo que hoy no puedes cargar solo.

## Palabra de cierre

Quiero terminar este libro con una bendición para ti, sea cual sea la espera que traes hoy a esta última página.

Que el Creador, el Eterno, Aquel a quien tantas voces distintas han llamado por tantos nombres, te dé compañía en el tiempo largo, sin apurarte a sentir un ánimo que hoy no tienes. Que, como al hablante de Lamentaciones, te permita llorar y esperar en el mismo verso, sin que una cosa le quite lugar a la otra. Que, como a Job, no te exija una explicación para seguir esperando, y que quienes te acompañen sepan sentarse contigo en silencio antes de intentar explicarte lo que te pasa. Que, como a Payeng, te dé fuerzas para seguir plantando aunque nadie te prometa la cosecha. Que, como a Estela, te sostenga en la vigilia, aunque no sepas cuándo va a amanecer. Y que, como a Abuelaish, te permita sembrar algo que valga la pena aunque tú mismo no llegues a ver su fruto completo.

No sé cómo va a terminar tu historia. Nadie que sea honesto contigo podría decírtelo. Pero puedo decirte esto: no tienes que sentir esperanza para todo lo que te falta hoy para que tu fe cuente. Basta con que, en algún lugar tuyo, todavía haya una luz que no terminaste de apagar.

Yo tampoco sé cuánto vas a tardar en ver lo que esperas, ni si vas a verlo del todo. Pero puedo acompañarte a sostenerla, un poco cada semana.

# Oración de la semana

PARA ORAR DESPACIO, EN VOZ ALTA SI PUEDES



*Eterno,  
vengo hoy sin la seguridad de que todo esto va a  
salir bien,  
y no quiero fingir delante de Ti que sí la tengo.  
Traigo la espera que ya pesa,  
las noches en que dudé si valía la pena seguir  
esperando,  
la pregunta que me hago cuando nada cambia:  
“¿hasta cuándo?”*

*No te pido que me muestres ya el final de la historia.  
Te pido lo que le diste a los que esperaron antes que  
yo:  
compañía en el tiempo largo, fuerza para el día de  
hoy,  
y el valor de nombrar en voz baja lo que todavía  
espero,  
aunque sea pequeño, aunque nadie más lo sepa.*

*No hagas que mi fe dependa de que todo salga como  
lo tengo pensado.  
Dame solo lo necesario para no apagar del todo esta  
luz  
que sigo cargando, incluso cansado, incluso a  
oscuras.*

***Y recuérdame toda esta semana:  
esperar no es fingir que no duele — es seguir  
aquí, contigo, un día más.***

## Antes de cerrar el libro

Hemos caminado juntos por cinco historias esta semana: un hombre que escribió un libro entero con un párpado y murió dos días después de terminarlo, una monja que se arrodilló para detener una represión y le dispararon a la gente igual, un hombre que siguió plantando árboles durante treinta años sin que nadie se lo pidiera, una madre que buscó a su nieto durante treinta y seis años y nunca recuperó a su hija, y un padre que perdió a tres hijas y una sobrina, perdió también el juicio, y aun así sembró un futuro que probablemente no verá completo.

Ninguna de estas historias te promete que a ti te va a ir mejor que a ellos. Ninguna te dice que la esperanza garantiza un resultado. Todas te muestran lo mismo, desde ángulos distintos: que se puede seguir esperando —llorando, gritando, plantando, velando, sembrando— sin que nadie te asegure cómo termina.

***Una pregunta para esta semana:*** de todo lo que hoy esperas, ¿cuál es la esperanza más pequeña —no la más grande, no la que más te da miedo nombrar, solo la más pequeña— que todavía puedes decir en voz alta?

Llévate esta pregunta contigo. No tienes que responderla hoy. Solo empieza a hacértela.

Con cariño,  
José.

# Bibliografía y fuentes

Nada de lo que leíste aquí es inventado. Cada palabra antigua y cada historia tiene su origen, y aquí está, por si algo te movió y quieres ir a la fuente.

## Los escritos

---

Todas las citas provienen de la **Nueva Versión Internacional (NVI)**, © Biblica, Inc., verificadas contra el texto oficial (`knowledge_base/textos/NVI/`), leyendo cada pasaje completo en su contexto histórico-literario antes de citarlo.

- **Lamentaciones 3:1-66** (capítulo completo) — la esperanza que nace adentro del lamento, sin cerrarlo
- **Job 2:13 y 19:1-29** (capítulos leídos en contexto) — la esperanza sin explicación del sufrimiento; los amigos de Job, corregidos por Dios en 42:7, no tenían razón
- **Habacuc 3:1-19** (capítulo completo) — la esperanza que no depende de la cosecha
- **Salmos 130:1-8** (salmo completo) — la esperanza como vigilia activa
- **Romanos 8:1-39** (capítulo leído en contexto, citado hasta el v.25) — la esperanza definida como lo que todavía no se ve

Este libro, siguiendo la validación teológica de su equipo editorial, decidió no citar Jeremías 29:11 ni Romanos 8:28: son dos de los versículos sobre esperanza más usados fuera

de contexto en el cristianismo popular, y ambos requieren un marco (setenta años de exilio, en el primer caso; la definición del propio v.29, en el segundo) que no cabe en una cita suelta.

## Las historias

---

**Jean-Dominique Bauby**, Francia. Redactor jefe de la revista *Elle*, sufrió un accidente cerebrovascular masivo el 8 de diciembre de 1995 y quedó con síndrome de enclaustramiento. Dictó *Le Scaphandre et le Papillon* parpadeando; se publicó el 7 de marzo de 1997 y murió el 9 de marzo de 1997.

*Jean-Dominique Bauby, Le Scaphandre et le Papillon, Éditions Robert Laffont, 1997 (ed. en español: La escafandra y la mariposa, Elba/Plaza & Janés).*

*“What is locked-in syndrome? The extraordinary stories that help us understand this rare condition”, The Conversation, 2024.*

**Sor Ann Rose Nu Tawng**, Myanmar. Religiosa de las Hermanas de San Francisco Javier, se arrodilló ante la policía el 8 de marzo de 2021 en Myitkyina, estado de Kachin, para pedir que no dispararan contra los manifestantes.

*AFP / The Guardian, “Shoot me instead’: Myanmar nun pleads with junta forces”, 9 de marzo de 2021.*

*“A sea of blood in the church’: Survivors recount Myitkyina’s lethal crackdown”, Frontier Myanmar, marzo de 2021.*

*“Sr. Ann Rose Nu Tawng, Myanmar’s famed kneeling nun, has become a global icon of peace”, Global Sisters Report / UCA News, 23 de febrero de 2022.*

*BBC 100 Women 2021.*

**Jadav Payeng**, India. Comenzó en 1979 como jornalero de un proyecto estatal de reforestación en Assam; siguió plantando durante casi treinta años después de que el proyecto fuera abandonado. Hoy el bosque de Molai cubre unas 550 hectáreas.

*Shailendra Yashwant, “The Strange Obsession of Jadav Payeng”, Sanctuary Asia, diciembre de 2012.*

*“Molai’s green journey to Padma Shri glory”, The Shillong Times, 29 de enero de 2015.*

*Forest Man, documental dirigido por William Douglas McMaster, 2013.*

**Estela Barnes de Carlotto**, Argentina. Presidenta de Abuelas de Plaza de Mayo desde 1989; buscó a su nieto, hijo de su hija Laura, desaparecida en 1977, durante treinta y seis años.

*Abuelas de Plaza de Mayo, ficha institucional y comunicados de restitución (abuelas.org.ar).*

*Fernando Soriano, “A 10 años del abrazo más esperado...”, Infobae, 5 de agosto de 2024.*

*“Ignacio Montoya Carlotto cuenta su vida...”, CNN en Español, 9 de julio de 2021.*

*“Abuelas de Plaza de Mayo confirmó la restitución del nieto 140”, Infobae, 7 de julio de 2025.*

**Izzeldin Abuelaish**, Gaza / Canadá. Médico ginecólogo; perdió a tres hijas y una sobrina en un bombardeo el 16 de enero de 2009. Fundó la Daughters for Life Foundation. La Corte Suprema de Israel rechazó su demanda el 24 de noviembre de 2021.

*Izzeldin Abuelaish, I Shall Not Hate, Random House Canada / Walker Books, 2010 (ed. en español: No voy a odiar, Aguilar, 2011).*

*“Supreme Court rejects Gaza doctor seeking redress for strike that killed daughters”, The Times of Israel, 24 de noviembre de 2021.*

*Democracy Now!, entrevista, 19 de enero de 2011.*

*Daughters for Life Foundation, sección institucional “About Us”.*

## Nota sobre el orden de las historias

---

La propuesta inicial emparejaba Job 19 con la historia del doctor Abuelaish y Romanos 8 con la de Sor Ann Rose. En la redacción se intercambiaron: Job 19 (esperanza sin explicación del sufrimiento, un grito que no recibe respuesta) se emparejó con Sor Ann Rose, cuyo propio gesto tampoco detuvo la violencia; y Romanos 8 (la esperanza como lo que aún no se ve, sembrado hacia un futuro que quizás no se llegue a ver) se emparejó con el doctor Abuelaish y su fundación. Se hizo así por dos razones: el libro de Job termina, más adelante, con una restauración que este capítulo no menciona ni insinúa, y ese eco de final favorable encajaba con más riesgo en la historia de un padre cuya justicia nunca llegó; y la imagen paulina de sembrar sin ver el fruto completo describe con más precisión una fundación educativa pensada para generaciones futuras que la vigilia de una sola tarde.

## Una nota honesta

---

*Las historias contemporáneas de este libro involucran a personas reales, contadas a partir de hechos ampliamente documentados y verificados contra fuentes primarias, entrevistas propias de los protagonistas y cobertura periodística confiable antes de esta edición. Cuatro de las cinco no tienen, hasta hoy, un desenlace favorable. Eso no es un descuido: es, precisamente, lo que este libro necesitaba mostrar sobre la esperanza.*



*“Un libro nuevo cada semana, para la  
luz que todavía no terminas de  
apagar.”*

Este es el cuarto de muchos. Cada semana, una historia real y una palabra antigua para sostener la esperanza. Si algo aquí te movió, no lo guardes solo para ti: compártelo con quien hoy lo necesita.

**Este libro es un regalo, y es tuyo. Descárgalo,  
compártelo, regálalo a quien hoy lo necesite: es  
gratis, y siempre lo será.**

**Somos un grupo sin ánimo de lucro. Únete a nuestra  
comunidad y síguenos para recibir cada libro nuevo.**

Cualquier ayuda cuenta y nos importa: cada vez que compartes este libro, y cada donación —dinero, alimentos o ropa— nos ayuda a crecer y a llevar este mensaje a más personas.

**godlives.co**

**Si lo que leíste aquí tocó algo profundo y sientes que necesitas hablar con alguien, escríbenos a través de la web: hay personas reales dispuestas a escucharte, sin ningún costo.**

---

GODLIVES · ESCRITO POR JOSÉ MARTÍNEZ · GODLIVES.CO